



Ya es hora de caminar juntos; las cosas de uno ya son del otro (Padre nuestro). “Él y el alma juntos, moviendo él al alma” (LB 3,10). “Y así estos movimientos de Dios y el alma juntos, no solo son resplandores, sino también glorificaciones en el alma” (LB 3,10). Son las fiestas alegres que hace el Espíritu Santo en el alma. “Porque todos los bienes primeros y postreros, mayores y menores que Dios hace al alma, siempre se los hace con motivo de llevarla a vida eterna” (LB 3,10).

¿Qué sentirá aquí el alma ante las grandezas de Dios? “Cuán elevada se sienta aquí esta dichosa alma, cuán engrandecida se conozca, cuán admirada se vea en hermosura santa, ¿quién lo podrá decir?” (LB 3,16). “¡Oh admirable excelencia de Dios!” (LB 3,17). “¡Oh sabiduría divina!, muchas cosas se ven en ti viéndose una, porque tú eres el depósito de los tesoros del Padre, el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla e imagen de su bondad (Sab 7,26)” (LB 3,17).

3.- Tareas para el camino

La persona, tocada por el gozo de Dios, se convierte en testigo del reino para los que la rodean. En ella se refleja el amor, como aire fresco para un mundo injusto.

Persona-puente. El puente une orillas distintas, se arriesga entrelazando sus brazos en el vacío, desafía las aguas caudalosas. La persona-puente, lejos de la intransigencia, tiende lazos hacia los distintos y distantes; con ella en medio, todo es más fácil; se ejercita diariamente creyendo que es más lo que une que lo que separa; tiene siempre a mano el diálogo para lograr que palabras, legítimamente diferentes, formen una sinfonía. Si alguien tiene miedo de ir a la otra orilla, la *persona-puente* ofrece desinteresadamente su apoyo.

Persona-fuente. La fuente es un lugar de belleza, de frescura, de fecundidad. ¡Cuántas historias han oído las fuentes! La *persona-fuente* es una bocanada de aire fresco, tiene los oídos abiertos para escuchar las historias de los que tienen algo que decir; en torno a la *persona-fuente* siempre se está estrenando la vida; tiene tiempo para compartir con sencillez un poco de pan y un poco de vino, una buena conversación para volver al camino.

Persona-brote. Los brotes señalan la vida donde solo parecía haber muerte. La persona-brote lleva dentro una historia de amor, hace sinergia con otros peregrinos de viaje para colaborar en la nueva civilización del amor, busca respuestas a los problemas que angustian a las gentes; es una esperanza para la humanidad. Cuando alguien ha perdido toda esperanza, la *persona-brote* ofrece constantemente la espiritualidad de los inicios, del brote más no del fruto, de los amaneceres más no del mediodía; cuando se termina la sabiduría humana, ofrece palabras de vida.

EL GOZO DE DIOS ES DARNOS EL REINO

“Venid vosotros, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo” (Mt 25,34).

“Hay muy poca gente que ame los paisajes que no existen” (Fernando Pessoa), que quiera ir a tierras no sabidas, por caminos no sabidos.

“Cuando cesan los ruidos, comienza la canción del corazón. Se desatan las lenguas del Espíritu y Dios es cercanía en viva voz” (Carmen Cañada).

“Todo lo que se puede en esta canción decir es menor de lo que hay, porque la transformación del alma en Dios es indecible... El alma está hecha Dios de Dios” (LB 3,8). Los caminos de Dios son asimétricos.

1.- Cuando sientes que Dios te ama

¡Oh lámparas de fuego!

El mensaje del reino, anunciado por Jesús, debió de ser algo muy sencillo, porque la gente más sencilla del pueblo lo entendía a la primera, mientras que los sabios y entendidos se quedaban sin entenderlo (cf Lc 10,21-22). La actuación del Espíritu la perciben los que, desde la pobreza, han cultivado el deseo, porque el deseo es la antesala del encuentro; la sed pone en camino hacia el manantial.

No basta con saber que Dios es bueno, hace falta experimentar esa bondad. El abbé Piérre, fundador de los *traperos de Emaús*, decía que él guardaba en su memoria de creyente tres cosas: *Dios es amor, Dios me ama a mí, y Dios me regala el día de hoy para responder a su amor amándole a El y a los demás.*

Cuando la persona es consciente de que todo lo recibe de Dios, se le desata la lengua para la alabanza; eso le pasó a Zacarías (cf Lc 1,67-79). Porque “a quien poco se le perdona, poco amor muestra” (Lc 7,47) y “si no conocemos que recibimos no nos despertamos a amar” (Santa Teresa). La persona se cura cuando agradece, cuando ama; en aprender a recibir está todo nuestro bien. Lo más bello

en la vida es siempre gratuito. Dios es fuente que no engaña, luz que vuelve mediodía todas las oscuridades, agua que convierte la tierra en huerto regado (cf Is 58,9-14). Todo lo que la persona recibe de Dios está envuelto en amor y provoca “calor de amor para poder dar luz y amor al que las esclareció y enamoró” (LB 3,1).

Dios es amigo de dar, de darse. Este es su gozo. “Porque el verdadero amante entonces está contento, cuando todo lo que él es en sí y vale y tiene y recibe lo emplea en el amado; y cuanto más en ello es, tanto más gusto recibe en darlo” (LB 3,1). A Dios no se le queda nada entre las manos, todo lo da.

El ser humano, que ha abierto su tienda a Dios, ve cómo ahora Dios se comunica amigable y amorosamente con él y lo deja enriquecido. Y cuando Dios tiene a bien comunicar sus bienes, cada uno de sus dones “es una lámpara que luce al alma y da calor de amor” (LB 3,2). “Se les aparecieron una lenguas como de fuego que se repartieron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse” (Hch 2,3-4). “Dios es lámpara de omnipotencia, lámpara de sabiduría, lámpara de bondad, lámpara de justicia y de fortaleza, y de misericordia...” (LB 3,3). Así comunica su amor, así comunica el Padre el reino al pequeño rebaño (cf Lc 12,32).

La palabra de Dios pone alas en el espíritu y fuego en el corazón. “Porque cuando uno ama y hace bien a otro, hácele bien y ámale según su condición y propiedades” (LB 3,6). Y aquí, Juan de la Cruz nos deja una de esas perlas preciosas, por las que merece la pena venderlo todo para comprarlas. “Y como él sea la virtud de la suma humildad, con suma bondad y con suma estimación te ama, e igualándote consigo, mostrándosete en estas vías de sus noticias alegremente, con este su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: Yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti” (LB 3,6).

Cuando muchos viven sin palabra de Dios y sin necesitarla, Juan de la Cruz es testigo de un asombro ante la Palabra que toca el corazón. “Comunicase Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare. Porque aún llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma, que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si él fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en la regalar, como si él fuese su esclavo y ella fuese su Dios: ¡tan profunda es la humildad y dulzura de Dios!” (CB 27,1).

La espera del gozo profundo y solidario alcanza aquí cuotas impensables. “Anunciamos lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo

que Dios preparó para los que lo aman” (1Cor 2,9). La persona se siente como si fuera “un montón de trigo cubierto y cercado de lirios; como un pozo de aguas vivas que corren con ímpetu del monte Libano” (Ct 7,2; 4,15); “como un paraíso de regadío divino; como una abundosa fuente” (LB 3,7-8).

Juan de la Cruz queda fascinado, sin saber cómo responder a tanto amor. “¿Quién podrá contar la magnificencia y extrañez de tu deleite y majestad en el admirable resplandor y amor de tus lámparas?” (LB 3,5). El salmista expresa su agradecimiento desbordante de esta manera: “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre” (Sal 115,3-4).

Ahora que Dios se ha puesto junto al ser humano para compartir con él toda su riqueza, éste se pregunta sorprendido: “¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (Sal 8, 5). Un ser pequeño ante la creación (“gusanito, oruguíta”, Is 41,14), pero capaz de pensarla y comprenderla, capaz de asombro; un recuerdo que Dios cuida; una mirada de amor de Dios que se posa con delicadez sobre nuestro barro; una pequeñez, besada por Dios, llamada por El al diálogo, a la alianza, a una relación de amor. Es un hijo de Dios en el Hijo, un hermano entre hermanos por los dones compartidos, una criatura llamada a la libertad, a tocar lo creado no con dominio sino amor, a cantar la gloria de la tierra y la gloria de Dios. ¡Qué grande debe ser el ser humano a los ojos de Dios, para que lo cuide con tanta ternura!

2.- Luces y sombras

En cuyos resplandores

Nunca perdió Juan de la Cruz la alegría de los sueños. Pasó por las noches oscuras sin perder de vista el fuego, que en el corazón le ardía. Ahora toma conciencia de la gratuidad de Dios y se le despiertan energías profundas e inesperadas; la gracia desbordante de Dios se le acuna en su fragilidad humana. “Todas mis fuentes están en ti” (Sal 86,7). Es el momento de “avanzar redescubriendo una y otra vez el milagro del amor” (Hermano Roger).

La persona estrena un espacio vital nuevo, experimenta las bienaventuranzas, que son la más hermosa oración de abrazo. Siente cómo el Padre la mira y la ama, cómo el Espíritu canta en sus labios las mejores canciones, cómo Jesús se acerca embelleciendo a todos los orillados. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra” (Lc 1,35). “La sombra que hace al alma la lámpara de la hermosura de Dios..., y la sombra que hace la fortaleza, será otra fortaleza..., y la sombra que le hace la sabiduría de Dios, será otra sabiduría de Dios al talle de la de Dios” (LB 3,14). La sombra es la presencia activa y creadora de Dios, que da origen a la nueva humanidad. El amor, o nos encuentra iguales o nos hace iguales.